

PRELUDIO

1. Una colina redonda que se eleva del llano y que semeja el tierno seno de una mujer acostada. La mujer acostada es la santa tierra mexicana. La colina tiene el color de la piel india. A sus pies hay una iglesia; es una construcción que brota al final de una pequeña avenida, y a esta avenida se penetra pasando bajo un arco que da a una carretera, la cual conduce a la ciudad de México. A cada lado de la avenida hay una fila de árboles; son de esos laureles indios de nobles frondas y cuyas raíces se nutren del corazón mismo de la República mexicana. La tierra de esa avenida es la misma tierra amarilla de toda la llanura en la que se eleva bruscamente la colina que tiene la iglesia a sus pies. Los colores de la bandera mexicana son tres: blanco, verde y rojo. La tierra mexicana tiene tres colores: uno amarillo, tendiendo a rojo (la carne de los hombres), uno plata fúnebre y uno verde oscuro. Es una tierra que se pulveriza entre los dedos. Hemos hablado de llanura, pero ese término quizá sugiera una imagen imperfecta; en realidad estamos en una altiplanicie; es la inmensa altiplanicie de México, a más de 2,000 metros sobre el nivel del mar. Aquel que llegue al puerto de Veracruz, "la tres veces heroica ciudad de Veracruz", tendrá que recorrer, para llegar a la capital, una larga carretera que le conducirá hasta aquí, al centro de esta planicie, y casi toda la carretera está en cuesta. Y esa urbe no es la única, sino que hay otras, aquí y allá, paridas por esta tierra amarilla, lunar, desértica y árida, en un día de su milenaria historia. Pero, ¿por qué hablar de historia, cuando nada de aquí tiene relación con el tiempo? Sin embargo, vamos a relatar una historia cuyo sujeto es el Tiempo mexicano. Esta carretera, que pasa delante del arco de entrada a la iglesia, conduce, como queda dicho, a la Ciudad de México. Y la metrópoli va acercándose; dentro de treinta años llegará hasta aquí, y esta carretera desierta será una calle metropolitana. La ciudad cuenta, dicen, con casi tres millones de seres humanos, y se mueve, y avanza. Ni los terrenos de lava negra que la contienen al sur pueden detener su sorprendente progresión. El quinto Sol ve extenderse a México-Tenochtitlan con el soberbio poder de una de las más espléndidas metrópolis del mundo, una de las más dignas del hombre. Cuando llegaron los españoles, guiados por Hernán Cortés, estaba edificada sobre el agua. Una antigua predicción había impuesto al pueblo azteca la obligación de establecerse allí donde se viera un águila luchando con una serpiente en un nopal; y como el Águila y la Serpiente fueron sorprendidas en el centro de un pantano, allí se detuvo el pueblo para edificar su ciudad. Una metrópoli emplazada sobre el agua, maravillosa, floreciente en jardines y vergeles, dividida por cien canales, de viviendas lujosas, con mórbidas costumbres y a la vez cruel, ya que la crueldad y la molicie están rara vez separadas. Cuando don Hernán Cortés llegó con su ejército, reinaba en ella un emperador-pontífice, llamado Moctezuma II, y al capitán le pareció que habría pocas ciudades en el mundo tan dignas de un rey como aquella. En la era azteca el tiempo se dividía en Soles, y ya habían pasado entonces cuatro. Al final de cada período solar se había precipitado el astro en las tinieblas, y los dioses habían tenido que hacer otro nuevo, y después otro y otro; así pues, en ciertas fechas de su calendario, el pueblo esperaba la destrucción del sol, y creía firmemente que había de suceder, por eso se reunían en las colinas de fuera de la ciudad, después de apagar todos los fuegos, y se ponían a esperar; pero, al día

siguiente, el firmamento volvía a iluminarse, y el astro recorría de nuevo el cielo con su solemne movimiento; la luz y la vida disipaban el gran miedo; sin embargo, ¿quién se atrevería a afirmar que aquella creencia en la inevitable destrucción era engañosa? Llegaron los españoles con sus casas capaces de navegar sobre el océano, con sus carros de ruedas, sus temibles caballos, su incomprensible codicia por el oro, sus matanzas de inocentes, sus promesas violadas; y todo aquello trastornó el imperio, y, aunque sobrevivieron los hombres —porque los hombres sobrevivieron— sus corazones quedaron sumergidos en el envilecimiento, sus corazones fueron humillados durante siglos y siglos.

2. Ya anochece. El sol mexicano tiene a veces el color de la tierra. El anochecer aproxima la árida tierra al cielo, del que se retira la claridad. Estamos en abril; en el viernes que precede al Domingo de Ramos, del año 1954. Un coche se detiene delante del arco de entrada de la iglesia que surge al pie de la colina. Es un Chevrolet descapotable 1947. Se apea el chofer, que es un hombre flaco, bastante bajo, de cara hundida, y vestido como la gente humilde de las ciudades; mira a su alrededor. Al otro lado de la calle hay una casa de adobe, una tienda que se llama "La Esperanza", y tiene en la fachada el anuncio rojo de la Coca-Cola. La carretera está desierta y de la tienda no sale ninguna voz, pero casi en el umbral hay un hombre acurrucado en el suelo; está vestido de blanco y envuelto en un sarape gris adornado en el centro con un dibujo negro, que figura un sol; un ancho sombrero le oculta casi totalmente la cara, y tiene las sandalias blancas de polvo; está inmóvil y parece esperar. Llega un perro, se detiene mirando con desconfianza al chofer del Chevrolet, que, a su vez, parece que está acechando la llegada de alguien. Entonces el perro ve que el hombre que estaba acurrucado se mueve, se levanta, se acerca muy serio al hombre que se ha bajado del coche; ve que, con la mano derecha, se toca el ala del sombrero y dice algo a media voz, y el otro dice también algo; el perro ve que los dos hombres se hablan suavemente sin mirarse a los ojos; luego, el hombre del sarape se acerca al coche, se quita el sombrero y se inclina:

—Buenas tardes —le dice a alguien que se ha quedado en el coche.

En el coche se han quedado dos jóvenes, o mejor dicho, un joven y un muchacho. El hombre tiene la cara redonda y la nariz francamente chata, por lo que le llaman el Chato; tiene el pelo negro, un aspecto vigoroso, las manos muy gruesas y la piel oscura, y va vestido más o menos como el chofer. El Muchacho tiene la cabeza apoyada en el respaldo y los ojos entornados, y parece cansado.

3. Sin embargo, es él quien dispone. Dice en voz baja: —Bajemos.

Su compañero, el Chato, le obedece rápidamente y sale del coche, mientras el chofer de la cara hundida sostiene la portezuela.

El Muchacho baja lentamente; lleva una camisa rosa de corte indígena, un pantalón blanco muy estrecho y un sombrero de alas medianas. Al bajar contesta al saludo del campesino:

— Buenas tardes, amigo.

El campesino manosea el sombrero.

— ¿Es la iglesia de Tlaltenalco; ¹ verdad? —pregunta el Muchacho en voz muy baja.

El campesino se inclina.

— Sí, joven; no es la iglesia parroquial de Tlaltenalco, pero es la iglesia de Tlaltenalco, en la que su merced tendrá a bien entrar. El pueblo está a tres kilómetros en esta dirección.

Y con un vago ademán indica un ancho y mal camino que penetra en la llanura, bordeado por dos filas de nopales.

—Bueno, José —dice el Muchacho distraídamente—; llévate el coche al pueblo y espera.

El chofer obedece sin decir nada, y el coche se adentra en el camino, levantando una nube de polvo.

—Ven conmigo, Chato.

—Yo llevaré a su merced —susurra el campesino.

—Gracias.

Y se encaminaron los tres por la pequeña avenida.

Es la hora del crepúsculo y la tierra está amarilla. La avenida está ligeramente en cuesta; no hay ni una presencia humana. Silencio.

El Muchacho arrastra los pies al andar; el Chato le sigue con el busto erguido, los ojos duros y pueriles y la mano derecha apoyada en el bolsillo del pantalón, en el que lleva el revólver.

—Déjame solo en la iglesia —le dice en voz baja el Muchacho—. Puede que tengas que esperar mucho rato, pero espera.

El Chato le da una patada a una piedra con el pie izquierdo.

— No me alejaré —declara (y se diría que reprime un movimiento de furia)—; me quedaré alrededor de la iglesia, y si exageran ...

El Muchacho le interrumpe poniéndole una mano en el brazo; sonrío. Tiene unos labios hinchados y los abre al sonreír, dejando ver los dientes. Sus pestañas son largas y muy negras.

—Nadie exagerará, Chato; ya verás como no pasa nada de particular.

Se diría que el campesino, que va unos pasos delante de ellos con la cabeza agachada, no nota ya su presencia.

—Sí, yo sé que Darío exagerará —replica el Chato con una voz llena de odio—; lo conozco muy bien.

—Yo también —dice el Muchacho—; pero tienes que dejarme solo.

Están delante de la iglesia, de fachada desnuda. La puerta está cerrada, y el campesino que les ha guiado les enseña una enorme llave.

—Un momentito, por favor.

Abre la puerta con facilidad y se aparta para dejarlos pasar.

¹ El nombre de Tlaltenalco es el único del libro, inventado por el autor, probablemente a fin de no atribuir estos hechos a una localidad determinada. (N. del T.)

4. La noche va invadiendo poco a poco esta iglesia mexicana, desierta, con unos cuantos bancos, un altar de piedra, en un rincón un Cristo con vestidura roja y las manos encadenadas, un Santo Cristo coronado y flagelado, de tamaño natural, con cabellera de pelo humano; hay otras imágenes más de cara estupefacta. El campesino corre detrás del altar y vuelve con un cirio que coloca encendido en el altar desnudo.

—Gracias —le dice el Muchacho—. ¿Cómo te llamas?

—Pedro Martínez Blanco, para servir a su merced.

—Puedes irte —le dice el Muchacho, y, dirigiéndose al Chato—: Tú también te puedes ir.

—Sí, patrón —dice el campesino con voz fuerte.

—Hasta luego —dice el Chato, dando rápidamente media vuelta.

Al quedarse solo, después de cerrarse la puerta, el Muchacho echa a andar por la iglesia. Todo lo que hay en ella, las imágenes de cara estupefacta, el altar de piedra, las altas ventanas, pequeñas y cuadradas, por las que llueve aún una incierta claridad, sobre todo ese Santo Cristo, con sus pelos negros, todo, en fin, parece sobrecogerlo profundamente, y va ya despacio, ya apresuradamente, observándolo todo con atención aguda, tan abstraído, que hasta abre la boca para lamerse los labios como un niño presa de curiosidad.

Y así pasa el tiempo en esta iglesia mexicana que está tan fuera de él.

5. Lllaman a la puerta.

El silencio es tan grande, que ese anuncio, a pesar de su moderación, llena la iglesia entera. La oscuridad es pesada. El Muchacho está agachado ante el Santo Cristo, cuyos cabellos pertenecieron a un ser viviente. El cirio arde chisporroteando.

Vuelven a llamar a la puerta.

El Muchacho se levanta, cruza la iglesia y va a abrir.

— ¿Eres tú?

—Sí, señor —responde una voz fuerte.

—Entra, Darío.

Darío se quita la gorra roja de jugador de béisbol y cierra la puerta. Es un joven delgado, de piel blanca, con un estrecho bigote, y lleva una chamarra de estudiante, de raso amarillo. Mira a su alrededor.

— ¿Estás solo? —le pregunta el Muchacho.

— Sí.

—¿Cuándo vendrán los demás?

— Ya pronto.

Darío se dirige al altar y el Muchacho le sigue. El recién llegado es el que indica el camino, a pesar de su actitud humilde; pero el otro lo domina con la triste seriedad de sus movimientos y de su acento.

Al pasar delante del altar, Darío se santigua, lo hace tres veces, rápidamente, con el índice y el pulgar juntos. Bordea el altar sin subir el escalón de piedra. El Muchacho lo sigue.

— ¿Dónde está el Chato? —pregunta Darío de pronto, con una voz vigorosa.

El Muchacho contesta con calma pero imperiosamente:

—No debes preocuparte por él.

Darío enciende una linterna eléctrica y proyecta el haz de luz sobre la pared.

—Aquí es.

En la parte baja del muro hay una pequeña puerta de madera, que no tiene más de un metro de altura. Darío se agacha sin soltar la linterna, y toca la puerta, rozándola, acariciándola con la mano izquierda.

— ¡Aquí está!

Tira con fuerza de una argolla. La puerta cede.

— ¡Aquí está!

— ¡Ándale, pues! —exclama el Muchacho.

Recoge el sombrero, pero no se lo pone sobre su negra cabellera, igual a la del Santo Cristo encadenado.

Darío pasa delante, guiado por el haz de luz, y el Muchacho lo sigue. Es un pasillo estrecho, más bien un túnel; no tienen que andar mucho por él; un soplo de aire anuncia un vacío; el túnel se termina, el haz luminoso se diluye.

— Ya estamos.

Darío explora las paredes de una sala con el haz luminoso que se esparce en las vastas dimensiones del local.

— Espérame aquí, que voy a buscar a los demás.

— Está bien —dice el Muchacho.

Darío corre a un rincón, ilumina un cofre de madera, lo abre, saca un cirio y lo enciende.

Con el cirio en la mano y la linterna encendida se dirige hacia el Muchacho.

— Espérame con esta luz ...

— ¡Ándale, pues!

Darío se inclina y deja el cirio; dirige al suelo la luz de su linterna y, cogiéndole la mano al Muchacho con un gesto rápido, se la besa.

— ¡Regreso luego!

— ¡Ándale!

Darío desaparece por el pasillo y el Muchacho se queda solo en el centro de la sala.

6. El Muchacho se ha quedado solo en el centro de la sala junto al cirio que proyecta su silueta sobre la pared. El local es cuadrado, muy amplio; no está cavado en la roca, como podría suponerse, sino en la tierra polvorienta, y lo forman bóvedas de mampostería. Las paredes, de un blanco sucio, estuvieron alguna vez encaladas.

El Muchacho, que está allí solo, junto al cirio puesto en el suelo de tierra apisonada, sabe que aquellas paredes son más antiguas que las de la contigua iglesia cristiana; sabe que, cuando al Habitante de la iglesia no se le conocía aún bajo el nombre que hoy se le da, allí, en el corazón de la antigua tierra de la colina, de la santa tierra mexicana, unos mozos y unas mozas, unos adolescentes de veinte años, se reunían para celebrar un culto; iban allí a danzar, después de haber colgado de las bóvedas guirnalda de flores; encendían un fuego y lo alimentaban con maderas preciosas, y entre aquellas paredes bailaban en honor de Aquel cuyo espíritu soplaba en el interior de la tierra y por encima de ella, y todos sabían quien era: Telpochtli, el Mancebo. Era el más joven de los dioses, el más ágil, el que llegaba siempre antes que los demás, el único dios que fuera bello, excepto Quetzalcoatl, la Serpiente emplumada; pero Telpochtli era Tezcatlipoca, el principio negativo, mientras que Quetzalcoatl...

El Muchacho vuelve sus graves ojos en torno suyo y suspira. Está allí, inmóvil, vestido de claro; luego, se pone a andar por la sala desierta. A Quetzalcoatl se le imaginaba también vestido de blanco; y también aquel Santo Cristo encadenado está

vestido de blanco; pero le han puesto sobre los hombros un ropaje rojo, como vestidura real, un ropaje rojo con el que se disimula la sangre. El Muchacho suspira y se inclina; se quita los huaraches y los pone sobre el cofre; está sudando; se ha sacado un pañuelo blanco del bolsillo y se lo pasa por la frente mojada. El suelo está frío. Descalzo, el Muchacho, sudando, espera.

7. No tiene que esperar mucho; no tiene que sudar por mucho tiempo; alguien llega ya, y la sombra va pariéndolos uno tras otro, la sombra o bien la pared. Son once, doce con Darío; doce hombres viejos, jóvenes, gruesos y flacos, orgullosos y humildes. Tienen los sombreros entre las manos, las espaldas contra la pared, las caras en sombra. Se pierden en la sombra. El Muchacho, junto al cirio, separado de ellos, permanece en medio de la sala.

Alguien hace una reverencia; es un hombre gordo, que dice con voz suave y solemne:

— Los presentes me han encargado de saludar a su merced y de hacerle la pregunta que marca la tradición.

— Aquí me tienen dispuesto a contestarles —dice el Muchacho.

El hombre gordo suspira, quizá de alivio.

— Los presentes desean saber si está usted dispuesto a ser el Cristo de Tlaltenalco.

El Muchacho agacha la cabeza.

— Usted —insiste la voz solemne del hombre gordo— no tiene más que responder sí o no.

— Sí.

— Aquel que ha de representarnos a todos —exclama un hombre flaco de voz gutural.

— Aquel que redime todos los pecados —afirma la voz espesa de otro.

— Sí —repite el Muchacho.

El hombre gordo de voz solemne da un paso hacia delante.

— Usted no ignorará que hay un peligro —le previene con dulzura—. Hace tres años, el Cristo elegido de Tlaltenalco, después de bajarlo...

Mas no acaba la frase porque otro, adelantándose, lo interrumpe con un ademán. Todos van vestidos de claro, pero éste lleva el uniforme azul de la policía metropolitana. Su cara, como las de los demás, está sumergida en la oscuridad.

— El Cristo de Tlaltenalco es el más pecador y el más santo —declara con un acento cortés y, sin embargo, desdeñoso, y parece dirigirse más bien a sus compañeros que al Muchacho—; es el más hombre, tanto en el bien como en el mal.

El muchacho replica simplemente, pero con firmeza:

— ¿No saben ustedes quien soy?

Un susurro brota del grupo.

— Sí, señor. Ay, señor, ¿cómo no? Claro que lo sabemos.

—Entonces —dice finalmente el hombre gordo de voz solemne—, ¿acepta su merced?

—Sí.

Y Darío se adelanta.

8. Un resplandor de astucia, una pasión vehemente, una forma de amor animan sus rasgos juveniles. Aunque las caras de los demás están perdidas en la sombra, algo sugiere que la suya, única que puede verse, pues la ilumina el cirio, es la menos indí-

gena de todas.

—De modo que aseguran ustedes que saben quien es el joven aquí presente. Pero, ¿lo saben ustedes de veras?

Se diría que los asistentes están perdidos; apenas si se mueven y murmuran...

—Nosotros...

El hombre gordo de voz solemne nuevamente se adelanta y vuelve a hacer una pequeña reverencia.

—Todos los años —dice— desde hace siglos, celebramos en este pueblo de Tlaltenalco la Pasión de Cristo. Nosotros, que somos los doce miembros de la Cofradía de la Venerable Sangre, hemos de elegir a aquel que, en esa gran ocasión, vaya a personificar a Nuestro Señor.

— Entonces —pregunta Darío— reconoce usted a este joven como a Nuestro Señor...

— Puede serlo.

— Tenemos todos los derechos —afirma el de la voz gruesa—; tenemos derecho a escoger al más santo y tenemos derecho a escoger al más pecador.

— Al más hombre —continúa con su acento desdeñoso el que viste el uniforme—. Cristo era muy hombre.

Un anciano flaco, de grandes bigotes que la sombra no logra ocultar, alza un brazo señalando al Muchacho, que permanece inmóvil.